

PÁJAROS EN LA CABEZA

ANA BELÉN PALOMARES BLÁZQUEZ

—Mamá, quiero ser guerrera.

Rosa ensayaba frente al espejo de su habitación. Trataba de parecer segura de sí misma. Resultaría difícil que sus padres lo aceptaran, sobre todo teniendo en cuenta su edad, pero los buenos guerreros comenzaban su aprendizaje siendo niños y ella quería llegar a ser muy buena. No dejaría escapar su sueño. Carraspeó y lo intentó de nuevo.

—Mira, mamá, sé que lo que te voy a decir es un poco extraño y que te va a sonar a lengua negra, pero tienes que tratar de entenderme. Quiero ser guerrera. Es mi gran sueño y estoy segura de que puedo cumplirlo. Aprenderé a manejar una espada larga y cabalgaré a lomos de un caballo. Mi armadura brillará con la luz del sol y seré conocida en toda Tierra Media como *la Cazadora de Sueños*. ¿No es fantástico?

Tal vez costara un poco, pero como le dijo una vez su padre: "Nunca debes rendirte antes de intentarlo". Escogería el camino difícil: hablaría primero con su madre.

La mañana se despertó serena y Rosa estaba dispuesta a poner en práctica cuanto antes su maravillosa obra tantas veces ensayada. Todo estaba planeado. Prepararía el desayuno a su madre antes de que se levantara y, mientras comían en la cocina, le expondría sus planes de futuro. Su padre se habría levantado y probablemente habría salido ya a dar su paseo matutino por Hobbiton. Salió silenciosa de su habitación y atravesando gran parte del agujero-hobbit que era su casa, llegó a la cocina. Huevos, pan, mantequilla, leche, mermelada, miel, tocino e incluso bollos recién hechos esperarían impacientes a su madre. Todo listo. Una mesa repleta de deliciosa comida estaba dispuesta en la cocina. El aroma que se respiraba en la estancia embriagaría a cualquier hobbit. La puerta se abrió lentamente y una mujercita apareció en el marco. Llevaba un batín rosado y una expresión de sueño se hallaba presente en su rostro. Rosa sonrió.

—¡Sorpresa! ¿Qué te parece? Me pareció que merecías un descanso y decidí encargarme yo del desayuno. Vamos, siéntate —dijo ofreciéndole una silla a su aún dormida madre.

El batín se movía convulso ante los pequeños pasos de su portadora. Una mirada cuestionadora se posó sobre Rosa y en los ojos de esta brilló un atisbo de inocencia infantil.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —El plan había comenzado y la mejor sonrisa que tenía ocupaba su carita redonda—. Te mereces esto y mucho más. Tengo suerte por tenerte a mi lado y deberías saber que te quiero más que...

—Basta —dijo cortante su madre—. Te conozco y sé que quieres algo. No te habrás enamorado del hijo de Cañaprieta ¿verdad? Porque será muy guapo, pero todo lo que tiene de pelo lo tiene de tonto...

— ¡Mamá! ¡Qué cosas tienes! Pip es solo mi amigo. Además, no puedo creer que me consideres una interesada. Yo, que he preparado todo esto —argumentó Rosa señalando la mesa y fingiéndose ofendida— y que he madrugado como nunca para darte una sorpresa, sólo porque te quiero...

Una nueva mirada de sospecha se posó sobre la pequeña. Su madre suspiró sonoramente y decidió dar por zanjada la discusión. Ya tendría tiempo para negar la petición de su hija. Comenzaron a comer en un intenso silencio solo roto por el entrecocar de platos y cubiertos. Es el momento, decidió Rosa. Respiró profundamente y comenzó.

—Mamá, tengo algo que contarte—. Dejó los cubiertos sobre el plato y su madre levantó la mirada de su tostada. —Sólo te pido que me escuches y que no me interrumpas hasta que acabe, ¿de acuerdo?

Un leve asentimiento puso en marcha el discurso.

—Mira, mamá, sé que lo que te voy a decir es un poco extraño y que te va a sonar a lengua negra, pero tienes que tratar de entenderme. Quiero ser guerrera. —La tostada de su madre cayó estrepitosamente en la taza de té. —Es mi gran sueño y estoy segura de que puedo cumplirlo.

La respiración comenzó a entrecortarse y sus ojos se abrieron más ante lo que su hija decía.

—Aprenderé a manejar una espada larga y cabalgaré a lomos de un caballo. Mi armadura brillará con la luz del sol y seré conocida en toda Tierra Media como *la Cazadora de Sueños*. ¿No es fantástico?

La madre de Rosa tragó con dificultad inusitada un trozo de tostada que tenía en la boca. Contuvo la respiración unos segundos y sonriendo giró la cabeza en busca de su hija. Esta estaba completamente seria y con el corazón alterado. Su madre rió a carcajadas dando golpecitos en la mesa. ¡Es la mejor broma que he visto en años, cielito! ¡Te felicito! ¡Jajaja! ¡He picado como un pececillo!

—Mamá, me alegra que mi decisión te haga sonreír, pero no era una broma. Quiero ser guerrera.

—Cariño, lo poco agrada pero lo mucho enfada. Te he descubierto. No es necesario que continúes. De verdad.

La carita de Rosa continuaba seria y decidida. El rostro de su madre se contrajo. La sonrisa desapareció dando paso a un creciente estado de preocupación.

—Pero cielo, eres muy pequeña aún. Además existe otro inconveniente, ¿no lo ves? — las manos de la mujer iban de un lado a otro de su cabeza, tratando de alcanzar el techo de la cocina.

—¿Pequeña? Tengo veintiocho años, la edad perfecta para comenzar mi entrenamiento como guerrera.

—No es sólo la edad. Hay un inconveniente mayor que tu edad, mi niña, piénsalo.

Rosa se acarició la barbilla y, con actitud de pequeña sabia, reflexionó unos segundos.

—Pues no sé cuál es, lo siento.

—A ver cómo te lo digo... —Su madre trataba de pensar la mejor manera de darle la mala noticia—. Intentaré ser lo más diplomática posible... ¡¡eres una hobbit!!

El grito hizo retumbar las paredes de la cocina y varias sillas se tambalearon. El eco resonó en los oídos de Rosa, que no acababa de comprender el problema.

—No lo entiendo. ¿Dónde está el inconveniente? Soy una hobbit, ¿y qué?

—De acuerdo. Te lo plantearé de otra forma —dijo su madre respirando bocanadas de paciencia—. ¿Cómo subirás al caballo? ¡Eres demasiado bajita para llegar a los estribos!

—¿Ese es tu inconveniente? Los enanos son también bajitos y excelentes guerreros. No necesito un caballo, si es necesario prescindiré de ese deseo.

—¿Y la espada larga de la que hablabas? ¡Es más grande que tú! ¡No podrías manejarla! ¿Y la armadura? Si te pones una armadura de placas parecerás un cazo viejo y además, no tienes suficiente fuerza para portar una. Todo esto es una locura, Rosa.

—No se trata de una locura. ¡Es un sueño! ¡Y tus inconvenientes absurdos no podrán evitar que se cumpla! Tal vez resulte complicado pero, ¡lo conseguiré! —Rosa empezaba a perder serenidad.

—No conseguirás nada, jovencita. Tu sueño es *im-po-si-ble*. Por mucho que te empeñes no lograrás ser una guerrera, así que ve olvidándote del tema, ¿me has oído?

Los ojos de la niña empezaron a humedecerse al oír a su madre. Sus castillos se derruían, sus dragones salían volando y hasta sus fuerzas se desvanecían. Lo único que pudo decir fue un *no* desgarrador mientras corría a su habitación. Su madre se quedó de pie en la cocina, reflexionando, pensando si había hecho bien al abrir así los ojos de su niña. Sí, era lo correcto. No podía dejar que se ilusionara con un sueño irrealizable. Ya se la pasaría. Era aún muy joven.

—No pienso renunciar a mi sueño. Si no puedo subir a un caballo, subiré a un pony. Si no consigo manejar una espada larga pues la cortaré y así no lo será tanto y, si mi armadura pesa demasiado, conseguiré una de mithril como en las historias de papá.

Rosa lloraba tirada en la cama. No dejaría de luchar, no estaba dispuesta a dejar atrás sus intenciones. No era cierto lo que mamá había dicho. *Tu sueño es imposible*. No era cierto.

El día pasó sin novedades. Los encuentros entre madre e hija eran escasos pero intensos. Las miradas se clavaban y los labios se apretaban. Rosa mascullaba y su madre suspiraba. La niña había decidido continuar la rabieta y si esto no funcionaba, hablaría con su padre. El plan no salió tal y como esperaba. Sus argumentos no fueron ni tan siquiera escuchados. *Una pequeña derrota no hace que un guerrero se rinda*, pensaba tumbada en la cama mientras miraba la luna.

—Cariño, tengo algo que decirte. —La madre de Rosa se disponía a meterse en la cama ante la atenta mirada de un hombre rechoncho, que la esperaba bajo las sábanas.

—Bien. Dime.

—Es sobre la niña.

—¿Le ha pasado algo? ¿Está bien?— El sobresalto del hombre le hizo botar en la cama.

—Sí, sí, no te preocupes. Es que tiene una idea en la cabeza y está muy ilusionada.

—Eso está bien dijo sonriendo el padre de Rosa.

—No. Eso *no* está bien. La idea es una locura, así que no está nada bien.— La mujer adoptó un gesto de preocupación y se recostó sobre la almohada. —Tu hija quiere ser guerrera.

— ¿Guerrera? ¿Y qué hay de malo en ello?— Opinó distraído el hombre.

—¿iQué!? ¿Qué que hay de malo? ¡iTodo!! Es demasiado peligroso, arriesgado y peligroso. No puede ser guerrera. Es una hobbit.— Sentenció la mujer.

—Sí, como tú y como yo —reconoció el padre de la niña.

—Entonces me das la razón. No puede ser guerrera.

—Yo no he dicho eso. Si quiere intentarlo, que lo haga.

—¡Claro! Y si se clava una espada en el ojo, ¡i pues que se la clave!!— Gritó histérica.

—Mi vida, no exageres. No es todo tan peligroso...

—¡iLo sabía!! ¡Sabía que dirías eso! No me extraña que la niña haya salido así, con más pájaros en la cabeza que los que habitan el Bosque Viejo. ¡Siempre pensando en correr aventuras! Y la culpa de todo la tienes *tú*— dijo rozando con un dedo acusador la nariz de su marido. —Si no hubieras contado tantas historias otro gallo habría cantado. Pero no. El señor tenía que contarle todo a su niña. Y, si luego ella quería ser guerrera, pues ¡que lo intentara!

El hombre empezó a morderse el labio nervioso.

—Todas esas ideas se las has metido *tú* en la cabeza. Que si Legolas esto, que si Gimli lo otro, que si mira que valientes... ¡Debería darte vergüenza!

Comenzó a sudar y a mover los enormes pies bajo las sábanas

—Igual de inconsciente que su padre. No me extraña. Pero ya lo sabes, si nuestra hija pierde una mano aprendiendo a manejar una espada la culpa será solo tuya, Samsagaz Gamyi.